

los después de evaluarse la importancia del Kant geógrafo. Quizás en una obra teórica tan ambiciosa como la que se propuso realizar José Ortega sea muy difícil evitar algunas de estas descoordinaciones, pero su existencia reiterada nos obliga a sugerir que sean corregidas, cuando menos matizadas, en nuevas versiones de este tratado.

En el repaso a los contenidos de la obra hemos repetido que la parte final de la misma deja entrever una interpretación cargada de pesimismo del presente y el porvenir de la Geografía. Algo que llama la atención cuando el autor está planteando tanto la riqueza propositiva y conceptual de nuestra disciplina como las bases sobre las que se deberá sustentar en el futuro. Da la impresión de que el Ortega teórico (*la fuerza de la razón*) se contradice con un sentimiento personal de pesimismo (es posible que una crisis de voluntad por hacer algo más que esta monumental obra teórica). Sería conveniente en cualquier caso eliminar esta idea de escisión interna que acaba dominando la exposición del capítulo final. Porque, también, José Ortega repite dos o tres veces que la Geografía debe ser definida ante todo como la disciplina que practica la comunidad de geógrafos y al utilizar fuentes informativas sobre su estado actual se olvida por completo de que las asociaciones, las uniones, los grupos de investigación o de intereses, en definitiva, los actores y líderes del colectivo de geógrafos, sus visiones y representaciones de la realidad, son fundamentales para entender la situación actual de la ciencia. En las citas bibliográficas, en las continuas referencias utilizadas por el autor, se muestra un conocimiento exhaustivo de la bibliografía, pero escaso de los acontecimientos concretos (congresos, reuniones, proyectos colectivos, etc) que están detrás de la producción elaborada. Frente a lo que se afirma en la conclusión de la obra, se recurre más al estudio de lo permanente (fuentes escritas de información) que a los procesos y dinámicas que condicionan el devenir de la comunidad de geógrafos con la que (según la impresión que se tiene al leer este libro) se practica un claro, y deseado, distanciamiento. Como apunte final en esta enumeración de reparos, hay que poner de manifiesto la existencia de un significativo desajuste entre las obras reseñadas en el texto y las incluidas en la relación bibliográfica final, muchas menos de las citadas. Este problema quizás sea un efecto perverso de las técnicas informáticas de archivo de la información, pero se agradecería su rápida y efectiva solución, ya que presentar un listado completo de las obras consultadas es básica para abordar cualquier acercamiento teórico.

Como valoración global de la obra queremos fijarnos en dos ideas, aportadas por el autor, y que constituyen la conclusión al enorme esfuerzo teórico realizado. Por una parte, que la Geografía del futuro tiene que definirse ante todo como una disciplina social. Por supuesto preocupada por temas como la variabilidad climática, la deforestación o la demanda y usos del agua, entre otros, pero siempre considerando que las colectividades humanas aceleran procesos naturales, se ven afectadas por catástrofes que ellas mismas inducen, y *progresan* (no se sabe hasta cuándo) consumiendo recursos y generando destrucciones difícilmente reversibles en el medio natural. La calidad de vida de la mayoría de las personas depende de un uso racional de los espacios, de prácticas inteligentes de territorialización. Por eso nuestro colectivo profesional, y así lo demuestra una reciente encuesta elaborada por la AGE, considera a la Geografía como ciencia del territorio y aplicada, que debe de ser naturalista y social al mismo tiempo en cuanto a sus contenidos en la enseñanza secundaria. El bienestar de los seres humanos se reafirma así como el objetivo moderno, *ilustrado*, de nuestra disciplina en tanto ciencia humana y social. Por otra parte, la supervivencia, el horizonte, de la Geografía no está asegurado; la disciplina puede desaparecer del mismo modo que se produjo una formulación contemporánea de la ciencia en el siglo XIX. De lo que no hay duda es de la necesidad permanente que tienen las personas de desarrollar culturas y conocimientos espaciales y territoriales. Un análisis espacial sin geógrafos, sólo con ingenieros, arquitectos, economistas o agentes políticos y sociales, seguramente sea posible, pero no deseable. La Geografía científica de los últimos ciento cincuenta años ha demostrado ser la herramienta más elaborada para estudiar espacios, territorios, paisajes y regiones; esperemos que continúe siéndolo mucho tiempo más.— RUBÉN C. LOIS GONZÁLEZ, JAVIER MARTÍN VIDE y JUAN I. PLAZA GUTIÉRREZ (Compostela-Barcelona-Salamanca)

*La Ciudad Jardín de Burgos**

Alrededor de medio siglo ha transcurrido desde que la Geografía Urbana española inició su despegue. Para

* Gonzalo ANDRÉS LÓPEZ: *La Castellana, «Ciudad Jardín» en Burgos*. Ediciones Dossoles, colección Burgos: Ciudad, Espacio y Hombre, Burgos, 2000, 270 págs.

algunos geógrafos especialmente sensibles al vaivén de las modas, a la compulsión renovadora o al imparable ascenso de la técnica, aquella especialidad embrionaria tiene poco que ver con la que, en los años setenta y ochenta, adquirió liderazgo dentro de nuestra disciplina, y menos aún con la actual Geografía de las ciudades. Sin embargo el paso del tiempo, al obrar la impredecible selección que reduce las cosas a su verdadero valor, parece decir que las tradiciones geográficas, debidamente adaptadas y enriquecidas con los aportes de la sucesión generacional, continúan proporcionando la mejor herramienta conceptual para enfrentarse a la ciudad; para formular las preguntas esenciales que permiten discernir *lo fundamental*. Los rasgos de esa Geografía Urbana calificada como clásica resultan inequívocos: la escala de estudio es predominantemente local, por deber de exploración prioritaria de los lugares y exigencia de la falta de conocimientos acerca de ellos; la perspectiva es histórica y de ella resulta un razonamiento tendente a la comprensión de procesos, ordenados por etapas. Esa secuencia de entendimiento conduce necesariamente a las formas de paisaje en la ciudad actual, susceptibles de lectura en cuanto escenario social de los cambios, contradicciones y conflictos. Por paradójico que resulte, ningún otro método se ha revelado tan pertinente en la interpretación del modelado final de la ciudad, para aplicar en la prospectiva y el planeamiento, con arreglo a las demandas sociales y a los parámetros de pensamiento propios de nuestro tiempo, bien sea el desarrollo local, la sostenibilidad urbana o la gestión del patrimonio cultural.

El trabajo de Gonzalo Andrés sobre la Ciudad Jardín de La Castellana en Burgos, primero de una colección de monografías acerca de la misma ciudad que constituye una iniciativa a imitar, confirma la pertinencia del método de trabajo al que nos referimos y, de hecho, encierra una lección de método. El autor, joven miembro de la selecta escuela de Valladolid, engrosa el pequeño caudal de publicaciones aparecidas en los últimos años sobre suburbios jardín, contribuyendo a cubrir las lagunas todavía importantes en cuanto al estudio de casos, el conocimiento del pasado reciente y de las transformaciones más actuales. La obra resulta sumamente atractiva desde cualquier punto que se examine. Ello se debe a su edición cuidada, la calidad de las fotografías y del magnífico soporte cartográfico (presentado en cuadernillo aparte), así como la destreza de un lenguaje puramente geográfico, cosa poco frecuente, que va desarrollando la argumentación con la solidez que únicamente proporcionan el trabajo sistemático de archivo, el reconocimiento sobre el terreno y el sentido de pertenencia al lugar. El

objeto elegido, un barrio de hábitat abierto al gusto británico y socialmente selecto, en su evolución desde los años veinte hasta la actualidad, posee la virtud de situarnos transversalmente ante un repertorio amplio de temas que están entre los más sugerentes de la Geografía Urbana: la dinámica de los espacios de borde, los procesos de configuración de componentes urbanos históricos exteriores a la ciudad antigua, el papel del planeamiento y de las fuerzas de mercado en la atribución de los usos del suelo. O, en referencia a los últimos años, el cambio de significado que determinadas piezas del rompecabezas urbano experimentan de forma consecutiva con una revalorización que da entrada a usos nobles.

El empleo de escalas decrecientes al enfocar el objeto de estudio da lugar a que la primera parte del libro, bien individualizada, se dedique a contextualizar la Ciudad-Jardín dentro de una entidad urbana mayor, el asentamiento situado al suroeste del río Arlanzón, cuyo dilatado proceso de ocupación se reconstruye exhaustivamente seleccionando las claves más reveladoras. A partir del poblamiento original, definido por las Huelgas, el Hospital del Rey y el aprovechamiento agrícola de la vega, las transformaciones contemporáneas se abrieron con el tendido del ferrocarril y la correlativa llegada de industrias o equipamientos de rechazo (Hospital Militar), dando como resultado un espacio mixto, funcionalmente segregado y con permanencias morfológicas de carácter rural que van a marcar su fisonomía casi hasta mediados del siglo xx. Como en tantas otras ciudades, las tentativas de ordenar la utilización del espacio fracasan allí reiteradamente, pero el impulso de crecimiento introducido por el Polo de Desarrollo de Burgos traslada la localización industrial a Gamonal y Villalonquejar, determinando que el contenido fabril del barrio cobre un carácter relicto, mientras que cada vez en mayor medida la dominante funcional vendrá dada por la agrupación de usos que en el lenguaje del planeamiento eran calificados como *especiales*, y hoy llamamos equipamientos. La selección de cometidos se afina con la venida de la democracia, al recuperar para campus universitario el Hospital del Rey, previa rehabilitación de valor modélico. Esa intervención revaloriza el distrito, que ya había ganado interés para la inversión inmobiliaria con el crecimiento espacial de la ciudad, atrae otros usos institucionales o asistenciales y estimula el reforzamiento de la función residencial, con tintes de exclusividad social que, al entrar en incompatibilidad con la industria, llaman a desaparecer las antiguas fábricas.

El grueso de la obra se dedica a la Ciudad Jardín urbanizada en 1923, que por imitación de Madrid fue

nombrada La Castellana, si bien está más directamente emparentada con experiencias vascas. Aunque en la personalidad geográfica de Burgos tienen un peso decisivo el centro histórico y la industrialización desarrollista, lo cierto es que entre sus componentes básicos también figura el elevado número de asentamientos de Casas Baratas (más de 500 viviendas entre 1910 y 1935), las Casas Económicas de Posguerra (900 viviendas de la O.S.H.) y desde luego la Ciudad Jardín. Éste es el único asentamiento de esa naturaleza que llegó a ver la luz en Castilla y León, uno de los pocos existentes en el interior del país, y prácticamente el único en donde no se ha producido derribo alguno hasta la fecha.

La organización de los contenidos del trabajo sigue el patrón tradicional (proceso de crecimiento, formas, funciones y población), jugando con el espectro más amplio de factores que han incidido en la ocupación del barrio: desde la dinámica urbana general y la tradicional inoperancia del planeamiento hasta los cambios en las circunstancias económicas, las exigencias de clase y las estrategias de la promoción inmobiliaria. Mediante esos soportes se construye el hilo argumental que va desengranando una evolución desigual, con muy diferentes ritmos de actividad y trascendentes variaciones de significado, retratando al fin y al cabo a todos los suburbios jardín españoles. La Castellana, pensada para residencia permanente o estacional de una burguesía que en Burgos no dispuso de Ensanche como espacio de referencia, sino que ocupa el suelo liberado al demoler la muralla (Espolón-La Isla), fue reuniendo el grupo central de hoteles y villas sobre el camino de Las Huelgas antes de la Guerra Civil, dando complementaria y ocasional residencia a la colonia ferroviaria británica en chalés construidos (para vivienda o alquiler) por el promotor de la urbanización.

Tras la atonía de posguerra el retorno de las inversiones va distorsionando la composición original a fuerza de reparcelaciones, construcciones en bloque y entrada de usos no residenciales, sin que la actividad inmobiliaria llegue a cobrar verdadera fuerza hasta los años ochenta a causa de la retención del suelo. Propuestas tan descabelladas como la que en 1961 quiso rodear el conjunto con veinticinco bloques de hasta once alturas quedaron afortunadamente desactivadas, y la reorientación del barrio cristaliza definitivamente en los dos últimos decenios del siglo xx. La Ciudad Jardín conoce entonces un sensible incremento de valor debido al reconocimiento de su calidad ambiental, la centralidad adquirida y el tratamiento rehabilitador del conjunto de Las Huelgas como parte del centro histórico. En consecuencia se

desmantela parcialmente la morfología catastral heredada para favorecer un relleno de baja densidad (chalés y adosados más que bloques), que también presta acceso a equipamientos sociales dando como resultado un espacio multifunción. Los conflictos entre los propietarios tradicionales de chalés y los propietarios de suelo, mas los cambios generacionales dentro de éstos en la manera de entender la ciudad, la calidad urbanística, los privilegios de clase y los negocios, han roto finalmente la fisiónomía y la unidad del barrio, aunque sin despojarlo de sus elementos más interesantes. Pues es obligado recordar que la primera generación de edificios está hoy protegida, cosa que no siempre ocurre en barrios equivalentes de otras ciudades, ni tampoco es generalizable al patrimonio cultural contemporáneo.

Con independencia de la posibilidad de extrapolación, francamente elevada a pesar de las singularidades presentes en Burgos, el texto sitúa al lector frente a un escenario urbano en recomposición y a un problema geográfico de primera magnitud, la transformación interna de las ciudades, para cuya comprensión global se hacen precisos muchos otros estudios como el de Gonzalo Andrés. Que ofrece inagotable materia de reflexión pues, entre otras cosas, ayuda a efectuar algo todavía tan necesario como la revisión crítica del franquismo, en términos urbanísticos y por comparación con el modelo de ciudad de anteguerra. Obras como la que se comenta deben en fin ser saludadas pues transmiten algo de lo que nuestro país continúa necesitado, amor al pasado, especialmente a las pequeñas herencias del pasado reciente.— SERGIO TOMÉ

*La Autopista del Atlántico**

Un estudio de estas características era muy necesario en Galicia, ya que hasta el momento son muy escasos los análisis de ámbito regional sobre la movilidad de la población. La falta de interés desde ámbitos académicos por este tipo de investigaciones se ha debido, en buena medida, a la ausencia de datos oficiales, lo que ha sido un factor disuasorio de cara a la investigación, a causa de la dificultad de conseguir información fiable referen-

* Vv.AA.: *La Autopista del Atlántico: Movilidad, demanda de transporte y localización empresarial*. Observatorio Económico de la Autopista del Atlántico (OBECAUDE). ENA (Empresa Nacional de Autopistas) e IDEGA (Instituto Universitario de Estudios e Desenvolvemento de Galicia). Santiago de Compostela, 2000, 381 págs.